

EL MUNDO QUE FOUCAULT DONA AL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO

En el presente número nos ocupan tres celebraciones: los veinte años de la muerte de Michel Foucault; el homenaje a Alberto Restrepo, principal difusor del pensamiento de Foucault en la Universidad de Antioquia, y la traducción del alemán de un texto de Juan Amos Comenio desconocido en nuestra cultura, ello gracias a Andrés Klaus Runge quien lee para maestros e investigadores la cultura pedagógica alemana.

Iniciamos con una pregunta: ¿cuáles son las posibilidades que Foucault abre para los estudios en pedagogía y educación? O, ¿cómo confluyen las investigaciones tocadas por la gracia de Foucault en el forjamiento de una amistad intelectual, a la manera del amor intelectual de que hablara Spinoza como el único que tolera todos los excesos?, pues resulta paradójico que vivamos en un escenario opuesto al estilo de vida que exigirían los conceptos que ponemos en práctica en nuestras investigaciones.

Buscando responder la primera pregunta podemos aseverar que los artículos de la presente edición se encuentran agrupados en torno a los siguientes tópicos: los que corresponden a conceptualizaciones acerca de la obra de Foucault (Dussel, Granja, Gómez y Jódar); los que son aplicación de su pensamiento a investigaciones históricas (Vitarelli y Aisenstein); los que son aplicación de su pensamiento a movimientos sociales (Rifá Valls); los que exploran su obra en busca de un concepto de pedagogía (Runge y Quiceno); aquellos que retomando algunos conceptos de su obra problematizan la tecnología (Popkewitz) y develan el drama de los maestros frente al quiebre de la profesionalización, frente a la arremetida de las tendencias globalizantes (Stephen Ball). Por último, debo referirme a las aplicaciones a la enseñanza de la filosofía y a la nueva experiencia de articular medicina, ética y literatura que nos presentan Pulido y Castrillón, siguiendo el lema que el profesor Castrillón proclamara en su seminario sobre Foucault: traicionar a Foucault en el sentido de jugar a la mezcla de la caja de herramientas de Foucault con otras próximas y lejanas.

Un fantasma recorre el mundo: el fantasma de la evaluación, de las competencias, de los logros, de los estándares, estrategias que despojan al maestro de la posibilidad de construir una subjetividad y lo abrigan bajo las máscaras del mercado y la globalización. Estas estrategias y dispositivos ponen de nuevo en jaque la subjetividad del maestro, que ya lo había sido por la implementación de la tecnología educativa en la década del setenta. Para enfrentar esta coyuntura, creo que resulta de especial importancia las preguntas de Caruso acerca de la vigencia de las instituciones disciplinarias y la forma en que fueron recepcionadas en América Latina (yo prefiero hablar de *apropiadas*). De la misma manera, se puede destacar la clarificación que se realiza de la noción de *genealogía*, pues arroja luz sobre los intentos de rescatar la pedagogía y al maestro de la dominación de las ciencias naturales y humanas, ya que permite definir estos intentos de emancipación como genealógicos. Asimismo, es importante resaltar los trabajos acerca del cuerpo, entendido como modelación del poder, la universidad como dispositivo, la normalización del alma de los maestros y profesores, todo ello completado con los intentos de Klaus y Quiceno por pensar la pedagogía y la formación desde el concepto del *cuidado de sí*. El artículo de Stephen J. Ball nos nutre de nuevas preguntas acerca del futuro de la identidad del maestro y las probabilidades de que éste pase de nuevo a residir en la invisibilidad; y el de Popkewitz permite entender la tecnología desde la perspectiva de las tecnologías del yo, las cuales en relación con la educación formulan un sujeto cosmopolita, aprendiz perpetuo quien construye y reconstruye continuamente su yo.

Alberto Restrepo hizo de su cátedra un drama pasional en el que se translucían sus intensos conflictos con la vida y la filosofía. Fue un maestro del gesto y la expresión - enseñaba no sólo con la palabra, sino con el gesto-, y maestro en el arte de citar y tejer una serie con otra hasta el punto de desaparecer como sujeto de la interpretación y dejar que las series en que descomponía a los autores que estudiaba hablaran por sí mismas. Quiero dejar una constancia: fue maestro de Olga Zuluaga, Humberto Quiceno y de quien escribe este editorial, los mismos que con Alberto Martínez y Estela Restrepo fundaríamos el grupo de Historia de las Prácticas Pedagógicas en los inicios de la década del ochenta.

Para dar cuenta de cómo Foucault impactó la sociedad colombiana, quiero transcribir un testimonio de Nicolás Buenaventura, exdirigente del Partido Comunista Colombiano y pedagogo vivencial y prolijo:

Pienso que los demás tiempos han cambiado en el mundo de una manera prodigiosa y que la breve vida polémica de Foucault fue como el tímpano que recibiera todas las resonancias de este cambio.

Yo sólo puedo narrar la manera como me ha correspondido presenciarlo, colocado en país aldea, en el patio trasero de la historia, viviendo el último tramo, el más brutal, el coletazo final de este empecinado y pavoroso conflicto que se llama modernidad y que duró dos grandes revoluciones y tres siglos.

Este tenaz esfuerzo humano que consistió simplemente en sacar, agudizando y exacerbando al máximo unas guerras sordas, que habían vivido latentes y enterradas por milenios, con el nombre de género o raza o de clase o de nación. Los refugios de las pseudoespecies, que llamara Erick Erickson, en las cuales se había guarecido siempre el hombre para ponerse a salvo del hombre.

Por eso yo encontré a Foucault muy a destiempo, en un azar, en una escapada entre la guerra.

Digo que los tiempos han cambiado.

Mi hija menor, por ejemplo, lo conoció de otra manera, en el undécimo grado de la escuela básica y como una tarea de filosofía.

Y para que ustedes vean como han cambiado los tiempos voy a terminar esta historia leyendo el texto que escribió esta niña leyendo a Foucault:

«Si vas con un pedazo de buen queso y bocadillo, puedes pasar horas en una aburrida conferencia o bien, parado en una esquina, esperar al que nunca llega. Hacer fila en un banco, o en el peor de los casos no tener nada que hacer, sólo bastará comerlos y disfrutar con gusto y placer la delicia de la leche cuajada y el dulce de la guayaba tan sabroso, tan sencillo, tan noble... Así es Foucault, como un buen ajiaco. Lo disfrutarás sin peros, estará tan elaborado, tan bien conocido que nunca terminarás de comerlo, de saberlo a ciencia cierta.

Cuántos signos, cuántas guascas o de cuánto amor está hecho. Nunca terminarás de comerlo, así el plato esté vacío o el audaz reloj del tiempo te indique la hora de regresar a la nefasta escuela. Si sales con Foucault por Bogotá no te preocupará el tráfico, ni las horas en el bus. Llevar a Foucault es llevar un bocadillo, es estar feliz y angustiado por comerlo, que nada se te quede atrás, que ningún sabor se pierda. El libro va saltando de tus manos, te llama, ruega, grita, se agita como loco, el libro está pintado con un pincel finísimo de pelo de camello, a pura palabra te va siendo recorrer el mundo, su lenguaje, cada signo hermoso y profundo. Tan delicioso como complejo, te va llevando a la episteme del pensamiento humano, sin perder detalle alguno, todo tejido del mismo hilo, como ese ajiaco sin apurar un ingrediente, sin desperdiciar o hacer sobrar un solo sabor, una sola letra, una sola imagen. Así que cuando lo lees y te hundes en él, cuando lo comes, no te está enseñando nada, sólo deja que aprendas y goces cómo aprender a comer o hablar de las cosas ricas.

El deja que te lleves tu mismo sin errar en el camino. Es sorprendente, inesperado, nunca se sabe a qué apunta, a qué ingrediente nuevo está escrito. Yo propongo para volverse loco en Bogotá llevar un libro de Foucault en el bolsillo o un queso con bocadillo. Así la angustia del tránsito o de no pasar en el colegio o de llegar tarde, te mantendrán sin cuidado, y convertirán en la otra en la angustia del juego, de descubrir un nuevo signo o de encontrar otro ingrediente».

Por último, creo que la mejor manera de experimentar con las indicaciones spinozianas acerca de la amistad sea mediante la creación de una utopía que nos permita un encuentro físico entre los que hoy nos damos cita en la imprenta.

Este encuentro en la imprenta de aquellos que ofician en la caja de herramientas de Foucault y otros en torno a la educación y a la pedagogía en Hispanoamérica y el mundo anglosajón, debe ser rubricado por un encuentro donde estemos labio-oído dando cuenta de nuestras experiencias. La Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad de Antioquia están interesadas en realizar para el mes de octubre un seminario que reúna a aquellos que en el mundo hispanoparlante y anglosajón trabajan con la caja de herramientas de Foucault asuntos de la educación y la pedagogía y para celebrar los veinte años de su muerte.

Jesús Alberto Echeverri Sánchez

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

BUENVENTURA, Nicolás (1995). “Foucault: un testimonio”. En: *Pensar a Foucault* Santa Fe de Bogotá: Instituto para el desarrollo de la democracia Luis Carlos Galán, pp. 115-125.

“Y de pronto sin raíz, el deseo de
quedarse en este día, siempre”

José Manuel Arango



Alberto Restrepo.

Fotografía de Olga Lucía Echeverri. Santa Elena, diciembre de 1983